



Casa de Cernuda en Oxford. Foto: Nuria González

y compradores. Para quien haya leído la novela de Marías, la abundancia de *homeless* en Oxford no supone una sorpresa: son otro de los síntomas de la «perturbación» del protagonista, otro elemento del telón de fondo que confirma la irrealidad o insoportable levedad de su existencia. Pero los vagabundos que pueblan *Todas las almas* pertenecen a la raza de los borrachos amables, dueños de esa expresión de embrutecida violencia inofensiva que asoma en los gestos y la mirada de los ebrios callejeros de este país, y que tienen algo de estupor y de indecible tristeza en sí mismos. Estos últimos años, sin embargo, han sabido crear una nueva clase de *homeless*, más silenciosos y tal vez anónimos, que se acurrucan en cualquier esquina y alzan la voz con la dignidad insistente de quien acaba de cruzar la línea de la pobreza. La mayoría son muy jóvenes, apenas se les distingue de los estudiantes que han aprendido a ignorar su presencia con mirada neutra. Ciertas calles de Oxford semejan, así, una versión juvenil del gran mundo, donde unos y otros, estudiantes e indigentes, ensayaran sus papeles tenaz y disciplinadamente, mientras los demás establecen ciertas mecánicas de entrega siempre insuficientes y siempre injustas: hoy a éste, esta tarde a aquél, mañana al de más allá. Lo medido de la estrategia no oculta su absurdo ni lo que tiene, al cabo, de embrutecimiento moral, como si unos y otros se hubieran convencido hace tiempo de la inevitabilidad de los hechos y se hubieran refugiado en una rutina consoladora, que a nadie satisface aunque ayude a guardar las formas. Y las formas son lo último que se pierde en este país.

Hace tiempo que Oxford dejó de ser el mundo aparte que muchos descubrimos en la ficción de un libro o una película. Hay algo irrevocable en la progresiva desaparición de un orden que sólo pervive en leyes y rutinas asumidas de modo inconsciente, como un cuerpo tarda en asumir la inmovilidad del corazón. Y, sin embargo, en ciertas mañanas claras de invierno, si uno camina aterido de frío junto a los muros de la Bodleiana y contempla el resplandor anaranjado y súbito de la caliza en las torres y agujas de Balliol y Trinity, o sorprende la tela difusa de las ramas contra el cielo azul, o siente el rumor de la grava bajo sus pies mientras sorteando el césped impecable de algún *quadrangle* y escucha el sonido de campanas lejanas, el viejo encanto regresa, un poco gastado, sí, un poco desvaído, pero encanto al fin y al cabo, como el oro que guarda para sí la poca luz de la penumbra y destella en los instantes más insospechados. Pues, al cabo, hay algo de decepción que nos obliga a buscar alivio en los detalles, o a fingir ternura o compasión por cuanto nos defrauda, en especial si no lo merece.

Jordi Doce